

*Dossier: Intersecciones entre memorias y espacialidades. Lecturas a cincuenta años del comienzo de la última dictadura cívico-militar en la Argentina.*

# **Entre geosímbolos y constelaciones memoriales. Huellas de la memoria ligada a la última dictadura cívico-militar en el paisaje lujanense**

**Fabián Claudio Flores<sup>1\*</sup>; Gabriel Aluhé Mosqueira<sup>2\*</sup>**

<sup>1</sup> CONICET - GIEPEC-PROEG, Instituto de Investigaciones Geográficas, Universidad Nacional de Luján.

<sup>2</sup> GIEPEC-PROEG, Instituto de Investigaciones Geográficas, Universidad Nacional de Luján.

\* E-mail: [cflores@unlu.edu.ar](mailto:cflores@unlu.edu.ar) ; [gabrielaluhemosqueira@gmail.com](mailto:gabrielaluhemosqueira@gmail.com)

Recibido: 30/03/2026; Aceptado: 08/05/2026; Publicado: 30/06/2026

## **Resumen**

El artículo se propone identificar y analizar las expresiones territoriales de la memoria vinculadas a la última dictadura cívico-militar presentes en el paisaje urbano de Luján, centrándonos en los conceptos de geosímbolos y constelaciones memoriales. Desde un abordaje cercano a la geografía cultural y la geografía crítica, el trabajo indaga en las huellas, marcas y dispositivos memoriales que se inscriben en el espacio público, atendiendo a sus sentidos, prácticas y formas de articulación territorial. Se parte del supuesto de que, en el período de posdictadura se desplegó un proceso progresivo de recuperación y activación de memorias en el espacio urbano, proceso atravesado por disputas, tensiones y negociaciones en torno a los usos, significados y apropiaciones del pasado reciente. Metodológicamente, el estudio se inscribe en una estrategia cualitativa que se materializa en la elaboración de un dispositivo cartográfico orientado a dar cuenta de la distribución espacial y la presencia de los geosímbolos y constelaciones memoriales en el paisaje local. Dicho mapeo se complementa con la realización de entrevistas semiestructuradas a emprendedores de la memoria y otros actores clave, con el objetivo de reconstruir las lógicas, prácticas y sentidos que intervienen en la producción social de estas expresiones territoriales.

**Palabras clave:** memoria-espacio-geosímbolos-Luján.

## **Between geosymbols and memorial constellations. Traces of memory linked to the last civic-military dictatorship in the Luján landscape**

### **Abstract**

The article aims to identify and analyze the territorial expressions of memory linked to the last civic-military dictatorship present in the urban landscape of Luján, focusing on the concepts of geosymbols and memorial constellations. Drawing on approaches from cultural geography and critical geography, the study examines the traces, practices, and memorial devices inscribed in public space, attending to their meanings, singularities, and forms of territorial articulation. It is assumed that, during the post-dictatorship period, a progressive process of recovery and activation of memories unfolded in the urban space, a process traversed by disputes, tensions, and negotiations regarding the uses, meanings, and appropriations of the recent past. Methodologically, the research adopts a qualitative strategy that materializes in the development of a cartographic device aimed at accounting for the spatial distribution and presence of geosymbols and memorial constellations in the local landscape. This mapping is complemented by semi-structured interviews with memory

---

entrepreneurs and other key actors, with the objective of reconstructing the logics, practices, and meanings involved in the social production of these territorial expressions.

**Keywords:** memory-space- geosymbols-Luján.

---

## 1. Introducción

El abordaje cultural del paisaje se consolidó en las últimas décadas como un eje transversal en las Ciencias Sociales, y en la geografía en particular. El paisaje ya no se entiende como un simple telón de fondo, sino como una construcción social cargada de sentidos, atravesada por relaciones de poder, disputas simbólicas y capas históricas superpuestas. Desde esta perspectiva, el enfoque espacial funciona como una herramienta teórico-metodológica que permite abordar problemas contemporáneos sin quedar encerrados en límites disciplinares rígidos.

En este marco, analizar los procesos de memorialización del paisaje resulta central. La memoria no se limita a discursos abstractos: se inscribe en el espacio a través de marcas, señalizaciones, monumentos, intervenciones artísticas, denominaciones y prácticas conmemorativas. Estas expresiones no actúan de forma aislada, sino que, al vincularse entre sí, configuran entramados que dan lugar a paisajes complejos.

Los aportes de la geografía cultural permiten comprender la densidad de estos procesos, especialmente a partir del concepto de geosímbolo y de la idea de constelaciones memoriales. Estas nociones habilitan a pensar conexiones, proximidades y tensiones entre distintas expresiones de memoria en el tejido urbano.

En la ciudad de Luján, las huellas vinculadas a la última dictadura cívico-militar se distribuyen de manera desigual en el espacio público. Esa distribución evidencia tanto iniciativas de activación de la memoria como disputas en torno a las formas de recordar. Desde el retorno de la democracia en 1983, se desplegó un proceso sostenido de recuperación de memorias que se materializó en diversas intervenciones espaciales, atravesadas por tensiones y negociaciones. Abordarlas desde una perspectiva geográfica habilita entender cómo el paisaje urbano se vuelve escenario y actor en la construcción social de memorias ligadas al pasado reciente.

Esta investigación surge a partir de una Pasantía Interna Rentada (PIR) desarrollada en el GIEPEC (Grupo Interdisciplinario de Estudios sobre Paisaje, Espacio y Cultura).<sup>1</sup> Allí se analizó la presencia de marcas territoriales de memoria vinculadas a la última dictadura en el espacio público de Luján, atendiendo a los vínculos entre cultura, paisaje y espacio que se expresan en las prácticas sociales y en la apropiación simbólica del territorio.

Este artículo se propone -entonces- identificar y analizar las expresiones territoriales de la memoria vinculadas a la última dictadura cívico-militar presentes en el paisaje urbano de Luján, a partir de los conceptos de geosímbolos y constelaciones. Desde allí, se busca construir y evaluar un dispositivo cartográfico que dé cuenta del entramado territorial de memorias donde confluyen localizaciones, sentidos, apropiaciones y prácticas espaciales.

También nos interesa observar tensiones y conflictos que emergen en la instalación de estos marcadores, las prácticas que los activan o resignifican, su dimensión material e inmaterial y la visibilización de los emprendedores de memoria (Jelin, 2002) que los impulsan, junto con sus perspectivas, intereses y desafíos.

---

<sup>1</sup> Se trata del Proyecto "Paisajes culturales: sujetos, prácticas y representaciones en escenarios comparados" radicado en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Luján por disposición C.D.- C.S. N.º 222-18.

Dos precisiones resultan necesarias para enmarcar el alcance de este trabajo. En primer lugar, si bien el recorte analítico se concentra en una porción específica del partido de Luján, el relevamiento inicial permitió identificar la presencia de geosímbolos en otros sectores del municipio (particularmente en barrios periféricos y localidades rurales) que exceden los límites de este artículo. En función de ello, el análisis se circunscribe al ejido urbano de la ciudad, comprendido por un total de cincuenta barrios.

En segundo lugar, se ha optado por incorporar la totalidad de las inscripciones de memoria presentes en el espacio público, incluyendo aquellas vinculadas a la causa Malvinas. Esta decisión se sustenta en la consideración de que el conflicto bélico de 1982 en el Atlántico Sur con el Reino Unido no puede ser escindido del entramado de prácticas, decisiones y lógicas desplegadas por la última dictadura cívico-militar. En este sentido, la recuperación de la memoria de Malvinas supone, necesariamente, su inscripción en el campo más amplio de la memoria reciente, en diálogo con las marcas territoriales del terrorismo de Estado y del período dictatorial en el que tuvo lugar.

## 2. Materiales y métodos

El artículo se apoya en un enfoque cualitativo con énfasis en la dimensión espacial. La investigación se sostuvo en un trabajo de campo intensivo orientado al relevamiento de las distintas marcas y a su posterior geolocalización. La información obtenida fue organizada y sistematizada mediante la herramienta *My Maps* de *Google*, cuyo resultado se encuentra disponible en el siguiente enlace: <https://bit.ly/3PbPN6a>

Este diseño metodológico supuso un acercamiento al campo a partir de la observación flotante (Delgado, 1999), entendida como una forma de inmersión sin un guion rígido, atenta a lo que acontece en el entorno. Esta estrategia permitió no sólo observar, sino también experimentar las dinámicas del espacio, habilitando el registro fotográfico y la documentación de elementos como cartelería, marcas y simbologías presentes en los distintos sitios.

El trabajo se complementó con el análisis de fuentes secundarias, entre ellas notas de prensa y un relevamiento virtual basado en el seguimiento de redes sociales, canales de difusión y diversos archivos disponibles en línea. A su vez, se realizaron entrevistas semiestructuradas con actores clave, entre ellos integrantes de la Comisión de Familiares y Amigos de Detenidos Desaparecidos (CFyADDL), militantes, sobrevivientes, familiares y otros sujetos vinculados a los casos abordados.

El área sobre la cual se realizará la cartografía y su posterior interpretación corresponde a la ciudad de Luján, localizada en el partido homónimo. Este municipio bonaerense se sitúa en el noreste de la provincia de Buenos Aires y cuenta con una superficie aproximada de 800 km<sup>2</sup>.

La urbe, con alrededor de 87.000 habitantes, constituye la cabecera del partido y se localiza a unos 67 km de la Ciudad de Buenos Aires. Su accesibilidad se da tanto por el Acceso Oeste como por el ferrocarril Sarmiento. A su vez, el área urbana está atravesada por las rutas nacionales n.º 5 y 7, y por las rutas provinciales n.º 6, 47 y 192, que la conectan con las principales vías de circulación regional y con las localidades del propio partido y de los municipios vecinos.

El crecimiento de las últimas décadas, particularmente desde fines del siglo XX dio lugar a una expansión sostenida del tejido urbano. Como resultado, la ciudad se estructura actualmente en torno a aproximadamente cincuenta barrios que configuran su trama urbana.

## 3. Resultados

### 3.1 Contextos y marcos

En línea con la tradición de la geografía cultural francesa, el espacio es entendido como una construcción social, resultado de prácticas, representaciones y relaciones de poder que se sedimentan

históricamente. Tal como señala Paul Claval (1999), los espacios no constituyen meros soportes materiales, sino producciones culturales atravesadas por significaciones y prácticas, por ello resulta necesario integrar las dimensiones de espacialidad, historicidad y sociabilidad, entendidas como una tríada ontológica que permite comprender la producción del espacio en tanto proceso histórico atravesado por conflictos (Soja, 1996).

La configuración actual de los espacios urbanos -y, en particular, del caso que aquí se analiza- no puede comprenderse sin atender a las transformaciones estructurales y coyunturales que marcaron las últimas décadas. Muchas de ellas se vinculan con los cambios iniciados a partir de la década de 1970, en un marco más amplio asociado al avance de la globalización neoliberal.

En América Latina, la implementación de este nuevo orden económico supuso profundas transformaciones en las estructuras estatales y en los modos de organización social. Entre sus rasgos más visibles se encuentran el debilitamiento de los sistemas de seguridad social, la creciente dependencia del endeudamiento externo, la flexibilización del mercado de trabajo, la apertura comercial y la reestructuración productiva.

Estos procesos se desarrollaron, en muchos casos, bajo regímenes autoritarios que garantizaron la implementación de estas reformas mediante el ejercicio sistemático de la violencia estatal. En este contexto se desplegaron prácticas represivas sobre amplios sectores de la población, que incluyeron persecuciones, desapariciones forzadas, violación de los derechos humanos y otras formas de violencia política.

El 24 de marzo de 1976 se produjo en Argentina un golpe de Estado que derrocó al gobierno constitucional e instauró un régimen dictatorial sustentado en el ejercicio sistemático del terror estatal. Este dispositivo represivo se estructuró a través de un conjunto de prácticas genocidas (Feierstein, 2007), orientadas no solo a la eliminación física de “opositores políticos”, sino también a la desarticulación de redes sociales, organizaciones y formas de participación colectiva.

El territorio nacional fue dividido en zonas, subzonas y áreas operacionales, cada una bajo la responsabilidad de distintas unidades de las Fuerzas Armadas. En la cúspide de este esquema se encontraban las zonas, generalmente bajo el control de los cuerpos de ejército o de grandes comandos militares. Éstas se subdividían en subzonas, asignadas a brigadas o grandes unidades, y a su vez en áreas, que quedaban bajo la órbita de regimientos, batallones u otras unidades operativas.

Estos dispositivos territoriales permitían organizar de forma sistemática las tareas de inteligencia, vigilancia, persecución, secuestro y desaparición de personas. Cada unidad militar tenía responsabilidad directa sobre la represión en el espacio que le era asignado, lo que dio lugar a una red extendida de centros clandestinos de detención y tortura (CCDyT), y algunos -además- de exterminio (CCDyE), operativos coordinados y circuitos represivos que funcionaban de manera relativamente autónoma, aunque integrados dentro de una estrategia nacional.

En esta geografía del terror, el municipio de Luján quedó comprendido dentro de la zona 1, bajo jurisdicción del I Cuerpo de Ejército. A su vez, formó parte de la subzona 11, cuya conducción estaba a cargo de la X Brigada de Infantería Mecanizada, responsable de las operaciones militares en amplios sectores del noreste de la provincia de Buenos Aires. Este ordenamiento permitió desplegar un mecanismo de control y represión capilar (a pesar que no se comprobó hasta el momento la existencia de centros clandestinos) que articuló unidades del Ejército, fuerzas de seguridad y estructuras de inteligencia, extendiendo el control sobre ciudades intermedias y localidades del interior bonaerense.

A nivel de gobierno local, el 27 de marzo de 1976, el intendente Humberto de Lucía fue reemplazado por Silverio Pedro Sallaberry, quien fue designado intendente comisionado por el gobierno de la provincia de Buenos Aires y puesto en posesión del cargo por el coronel Alberto Ramón Schollaert,

---

jefe del Regimiento 6 de Infantería con asiento en el partido de Mercedes (Gómez, et al., 2021) aplicando políticas públicas y acciones sociales en sintonía con el poder provincial y nacional<sup>2</sup>.

### 3.2. *La vuelta de la democracia y el largo procesos de espacialización de la memoria*

A partir del retorno de la democracia a fines de 1983, comenzaron a instalarse en el espacio público diversas espacialidades orientadas a conmemorar a las víctimas del terrorismo de Estado, así como a reconocer a referentes en la lucha por los derechos humanos y por la construcción de memoria. Estas intervenciones se apoyan en procesos más amplios de elaboración social del pasado reciente, a través de los cuales determinados acontecimientos, actores y sentidos son inscriptos material y simbólicamente en el territorio.

Sin embargo, los lugares vinculados al terrorismo de Estado atravesaron un proceso largo, desigual y conflictivo de resignificación. No ocurrió de manera inmediata ni homogénea: durante varios años muchos de estos espacios permanecieron invisibilizados, reutilizados para otros fines o incluso negados por las instituciones que los habían administrado. Con el tiempo comenzaron a transformarse en lugares de memoria.

Durante el gobierno de Raúl Alfonsín (1983–1989), el foco estuvo puesto en el esclarecimiento judicial y en la reconstrucción de la “verdad”. La creación de la CONADEP y la publicación del informe *Nunca Más* permitieron documentar la existencia de centros clandestinos y señalar su localización en el territorio. Sin embargo, muchos de esos sitios continuaron funcionando como dependencias militares, policiales o administrativas, y todavía no existía una política estatal sistemática de preservación o señalización.

Durante la década de 1990, en un contexto político marcado por las leyes de impunidad y los indultos, los avances fueron limitados y muchas iniciativas surgieron desde organizaciones de derechos humanos, familiares de víctimas y colectivos sociales que impulsaron acciones de señalización, actos conmemorativos y reclamos por la recuperación. Respecto a este proceso, hay que decir que “se trata de un significant que está presente en los organismos de DD.HH, desde muy temprano en sus discursos y prácticas” (Messina, 2019), aunque no describa estrictamente los hechos.

A partir de comienzos del siglo XXI se produjo un cambio notable. Con la anulación de las leyes de obediencia debida y punto final, y la reapertura de los juicios por delitos de lesa humanidad, el Estado comenzó a desarrollar políticas públicas orientadas a la memoria, la verdad y la justicia. En ese marco, numerosos ex centros clandestinos de detención fueron recuperados y transformados en espacios de memoria, museos o sitios de reflexión.

Este paradigma implicó reconocer estos lugares no solo como escenarios del terror estatal, sino también como soportes territoriales de la memoria colectiva. Su señalización, preservación y apertura al público permitió cristalizar material y simbólicamente la memoria en el espacio urbano.

Más allá de la lugarización (Fabri, 2010) de edificaciones que funcionaron como sitios de cautiverio, hubo otros procesos de inscripción y señalización en el espacio público, como las marcas territoriales<sup>3</sup>. Para Jelin (2017) se trata de

---

<sup>2</sup> Según la CFyADDL, se reconocen en Luján 26 personas detenidas-desaparecidas. Si bien no todas residían en el partido al momento de su secuestro, son consideradas como tales en función de sus vínculos con la ciudad, ya sea por haber nacido en ella o por haber desarrollado allí actividades laborales, políticas o sociales.

<sup>3</sup> Las primeras marcas territoriales en Argentina corresponden a un señalamiento de la Iglesia de la Santa Cruz, ubicada en el barrio de San Cristóbal en la ciudad de Buenos Aires, en 1984, y una placa colocada en los pilares del sitio donde funcionó el CCDyT “Atila” (Hoy Espacio de Memoria Mansión Seré, Morón) en 1986.

una materialidad con significado político, público y colectivo, en al menos dos sentidos: su instalación es siempre resultado de luchas y conflictos políticos, y su existencia es un recordatorio de un pasado político conflictivo, que a su vez puede disparar nuevas olas de conflicto sobre el sentido del pasado en cada generación o período histórico (p. 162).

La Comisión Provincial por la Memoria (CPM) distingue entre aquellas marcas que son localizables (como placas, monumentos, murales, toponimias, etc.) y aquellas deslocalizadas para remitir a las prácticas conmemorativas en el espacio público (como marchas, intervenciones artísticas o performances). Sea cual fuere el modo que adquiere la marca, tiene un peso fundamental su localización (el *locus*) por los sentidos, significados y emocionalidades que se ponen en juego.

Para reforzar la perspectiva geográfica que proponemos en este artículo recuperamos la noción de geosímbolo que aporta la geografía cultural francesa de la mano de los estudios del paisaje propuesto por Joël Bonnemaïson, quien enfatiza la dimensión locacional y espacial de estos dispositivos territoriales. Revela que “los geosímbolos marcan el territorio con símbolos que arraigan las iconologías en los espacios-lugares. Delimitan el territorio, lo animan, le confieren sentido y lo estructuran.” (Bonnemaïson, 2000, p. 55). Estos no son meras marcas (Jelin y Langland, 2003) en el lugar de la experiencia traumática. Son dispositivos que dan cuenta de relaciones de poder (siempre asimétricas) y de alteridad, que se vinculan con procesos políticos, ideológicos, culturales y, por supuesto, territoriales. De ahí la necesidad de poner la mirada en los geosímbolos que se imponen en el territorio y el sentido que los sujetos y grupos les atribuyen a éstos. De este modo, el paisaje adquiere protagonismo en su cruce con la cultura, y no como mero espacio físico (un escenario) siendo expresión y resultado de la profunda relación simbólica entre la cultura y el espacio. “Es la huella y la matriz de la cosmovisión de una sociedad o grupo” (Bonnemaïson, 2000, p. 72).

Su disposición espacial no responde a una lógica aleatoria, sino que se organiza a partir de patrones locacionales cargados de sentidos, donde se condensan y expresan distintas tensiones. En este sentido, Jelin (2017) distingue entre aquellos que se emplazan en el mismo lugar donde ocurrieron los acontecimientos y prácticas represivas; otros que se instalan sobre espacios preexistentes, incorporando “una nueva capa de sentido a la ya existente” (p. 165); y un tercer conjunto está conformado por intervenciones situadas en sitios donde los hechos evocados no ocurrieron, pero que adquieren valor simbólico en el proceso de construcción pública de la memoria.

Asimismo, y en algunos casos, la confluencia de geosímbolos en un mismo sector configura sistemas simbólicos territoriales que hemos denominado constelaciones memoriales. No se trata de un simple agrupamiento o acumulación por cercanía, sino de la conformación de entramados relacionales en los que distintos dispositivos de memoria establecen vínculos de diálogo, complementariedad y tensión. En estos espacios, los geosímbolos se articulan entre sí a través de prácticas de memorialización (conmemoraciones, intervenciones pedagógicas, recorridos u otras acciones colectivas) que activan y resignifican el conjunto, dando lugar a nodos territoriales que concentra y proyecta múltiples sentidos sobre el pasado. Estas áreas se configuran de manera dinámica y abierta, a partir de procesos continuos de incorporación, modificación, desplazamiento o incluso desaparición de algunos de sus componentes. De este modo, no son estáticas, sino entramados en permanente transformación, moldeados por las prácticas sociales, las disputas por los sentidos del pasado y las distintas formas de activación de la memoria en el territorio.

### 3.3. *El paisaje cultural lujanense: entre geosímbolos y constelaciones de memoria*

Anne Huffschnid (2012) sostiene que la memoria se materializa en el espacio urbano mediante numerosas manifestaciones. Sin embargo, estas materializaciones no fijan un significado único: por el contrario, abren un campo de tensiones entre distintas interpretaciones del pasado. Por eso deben entenderse como dispositivos políticos y disputados.

En el proceso de configuración del paisaje lujanense, atravesado por las múltiples diferencias económicas, religiosas, sociales, políticas y culturales que caracterizan a los diversos grupos que componen la comunidad local, no se configura una memoria única sobre lo ocurrido en la ciudad de Luján durante el período de la última dictadura, sino un entramado de memorias plurales, en ocasiones convergentes y en otras abiertamente disputadas. De hecho,

Luján parece destacarse por la temprana creación de espacios y emplazamiento de marcas ya que a poco más de dos años del inicio de la transición democrática, el 15 de marzo de 1986, el Honorable Concejo Deliberante (HCD) sancionó la Ordenanza N° 1882 a partir de la cual se autorizó la instalación de una placa en una plazoleta ubicada en la intersección de la por entonces Ruta Nacional N° 7 y la calle Belgrano. (Gómez, et al. 2021, p. 133)

El espacio público adquiere centralidad, en tanto se constituye como ámbito privilegiado donde se materializan y confrontan estas memorias, y donde se despliegan procesos de apropiación material y emocional del territorio. Ese habitar del espacio (Lindón, 2010) implica dotarlo de sentidos, inscribir marcas y activar prácticas que contribuyen a territorializar determinadas narrativas, las cuales se afianzan tanto hacia el interior de la comunidad como en su proyección hacia el exterior.

Durante el trabajo de campo se registró un total de 135 geosímbolos y 3 constelaciones memoriales<sup>4</sup> (Figura 1) vinculados a la última dictadura militar, los cuales forman parte del paisaje de la ciudad. No obstante, este conjunto no debe entenderse como un inventario cerrado, sino como una cartografía en permanente construcción, ya que estas marcas de memoria se encuentran sujetas a procesos de incorporación, transformación o incluso desaparición, por lo que el número aquí consignado corresponde al estado del relevamiento al momento de la investigación y podría ampliarse (o reducirse) a partir de nuevos registros o de la identificación de marcas que aún no han sido mapeadas.

**Figura 1.** Localización de geosímbolos de memoria en la ciudad de Luján.



Fuente: elaboración de los autores en base a *Google My Maps* (abril 2026).

<sup>4</sup> El desglose del relevamiento registra 12 baldosas, 45 placas, 12 esculturas y monumentos, 24 murales, 23 topónimos, 11 geosímbolos efímeros y 10 correspondientes a otras tipologías. Los detalles se pueden ver en: <https://bit.ly/3PbPN6a>

### 3.3.1. Cuando la memoria ancla en Luján

Los geosímbolos vinculados a la última dictadura militar en Luján remiten, en términos generales, a dos procesos que marcaron a la sociedad argentina durante el gobierno de facto. Por un lado, las prácticas genocidas y la instauración de un sistema de terror social; por otro, la guerra de Malvinas de 1982. Si bien ambos acontecimientos se ligan a una misma lógica dictatorial y forman parte de un mismo período histórico, sus modos de materialización en el espacio público presentan diferencias.

En efecto, mientras algunos se organizan en torno a la memoria de las víctimas del terrorismo de Estado, otros lo hacen alrededor de la experiencia bélica y la reivindicación de la soberanía territorial. La Plaza de los Derechos Humanos, por ejemplo, construye su espacialidad memorial a partir de una narrativa que enfatiza el rechazo a la violencia institucional y pone en valor las identidades de las personas desaparecidas, recuperando aspectos de sus trayectorias biográficas e invitando a los visitantes a conocer sus historias y luchas. En contraste, en el Parque Islas Malvinas la configuración memorial se encuentra mediada por una representación del pasado fuertemente atravesada por el registro bélico y por la persistencia del reclamo de recuperación del territorio nacional. Así, el paisaje cuenta con un avión de guerra con inscripciones alusivas a las fuerzas armadas, cañoneras que custodian el Monumentos, misiles y balas y toda una estética que se expresa en esa dirección.

Si bien ambos comparten una valoración crítica del período de la dictadura, las formas en que construyen y proyectan sus universos simbólicos en el espacio público no necesariamente coinciden, dando lugar a diferentes modos de narrar y territorializar ese pasado.

Como se ha señalado, la construcción colectiva de la memoria se encuentra atravesada por tensiones derivadas de las diversas formas de recordar, en tanto los distintos grupos producen y disputan narrativas sobre lo acontecido durante la última dictadura militar. En este marco, las memorias que se activan en el presente se vinculan estrechamente con las decisiones acerca de qué recordar, de qué modo hacerlo y a quiénes se dirigen esas evocaciones del pasado. En este escenario, también intervienen discursos negacionistas que, en muchos casos, se encuentran asociados a sectores de poder y que despliegan diferentes mecanismos orientados al olvido, al ocultamiento -por ejemplo, mediante la restricción o la no apertura de archivos oficiales del período dictatorial- y a la imposición de lecturas hegemónicas del pasado vinculadas a posiciones cercanas al régimen. Entonces, el proceso de memorialización no se desarrolla en un vacío libre de conflictos, sino que se configura en el marco de disputas, donde adquiere especial relevancia el papel de los denominados emprendedores de memoria, quienes impulsan iniciativas orientadas a recuperar trayectorias biográficas, relatos y experiencias que han sido históricamente silenciadas. A través de estas acciones buscan mantener viva la memoria y disputar las narrativas dominantes sobre la última dictadura militar (Jelin, 2002).

Más allá de la forma material que adopta el geosímbolo y de los sentidos que se le atribuyen, emergen otros aspectos que resultan fundamentales para comprender la espacialización de la memoria. Recuperar las prácticas que se despliegan en torno a estas formas simbólicas espaciales (Lobato Corrêa, 2011) se vuelve clave para entender cómo se activan y sostienen los procesos memoriales.

Estas prácticas pueden asumir modalidades diversas: desde aquellas asociadas a instancias rituales o conmemorativas que se llevan a cabo en momentos excepcionales, hasta otras más cotidianas y aparentemente triviales que forman parte del uso habitual del espacio. En todos los casos, las prácticas que se organizan alrededor de estos dispositivos memoriales resultan fundamentales para dotarlos de vitalidad, ya que contribuyen a activar escenarios efímeros, reforzar sus significados y prolongar su presencia en el tiempo, participando en su construcción y reafirmación.

La materialidad se expresa en la morfología concreta y tangible que adquieren estas marcas en el espacio, y puede manifestarse a través de esculturas, grafitis, placas conmemorativas u otros objetos dispuestos en el espacio público con un sentido colectivo. No obstante, esta dimensión material no se limita únicamente a soportes permanentes: puede asumir también formas efímeras, ya sea

materializándose en dispositivos fijos o emergiendo de prácticas en movimiento. De este modo, determinadas acciones colectivas como las marchas o vigiliadas del 23 de marzo que se realizan en distintas locaciones de la ciudad también configuran formas de materialización de la memoria que, aunque transitorias, remiten a significados y activan el espacio como escenario memorial.

En Luján, la producción de estas espacialidades está impulsada por diferentes actores. En algunos casos, se encuentran motorizadas institucionalmente (ya sea por el Estado municipal u otras instancias públicas); en otros, surge como resultado de la acción y la lucha sostenida de organizaciones de derechos humanos y movimientos sociales; y también puede constituir la expresión de iniciativas individuales o colectivas que se manifiestan a través del arte callejero u otras modalidades de intervención urbana.

Cada uno de estos actores imprime características singulares a las formas materiales que adopta el geosímbolo. Como resultado, ciertos grupos tienden a privilegiar algunos soportes o lenguajes de expresión, como por ejemplo el hecho que las placas conmemorativas suelen remitir a marcos institucionales y eventos de carácter protocolar, mientras que los grafitis se asocian con prácticas del arte urbano más desregulado y vinculadas con colectivos juveniles y mediaciones por fuera de lo estatal. De este modo, las distintas materialidades no solo remiten a formas de representación del pasado, sino también a los actores y repertorios de acción que intervienen en dichos procesos.

### 3.3.2. Los geosímbolos de memoria

Cada uno de los geosímbolos de memoria presentes en el espacio público es resultado de un complejo proceso que implica decisiones, acciones y localizaciones. Desde la morfología física, el entramado simbólico, la política locacional (Lobato Corrêa, 2011) hasta el conjunto de prácticas que luego se habilitarán para llevar cabo en torno a ese ámbito implican actores, acciones, tensiones y negociaciones. En todos los casos, la construcción de estos geosímbolos está fuertemente atravesada por instancias colectivas. En ellas se organizan jornadas culturales de debate y reflexión junto a familiares, militantes y otros participantes, incluido -a veces- el Estado.

Como resultado del trabajo de campo, el análisis de fuentes y el procesamiento de la información, los geosímbolos de memoria son:

- Baldosas por la memoria: los primeros geosímbolos de este tipo se construyeron en 2008, en el marco de una actividad colectiva con familiares de detenidos desaparecidos, en la Sociedad de Fomento del barrio Lanusse, un espacio marcado por la militancia de los años '70. Esto no fue casual, sino parte constitutiva de su propio proceso de construcción.

Las baldosas comparten una misma estructura (un rectángulo de cemento), pero cada familiar define el texto y los detalles simbólicos vinculados a la historia de la persona que se conmemora. También decide el lugar de colocación. En general, estas decisiones responden a la selección de ubicaciones céntricas que favorezcan la interacción con la comunidad (como las que recuerdan a cuatro militantes en la plaza Colón) o a sitios estas personas dejaron su huella: hogares, bibliotecas, áreas de militancia, instituciones educativas e incluso los espacios de desaparición (como las dos baldosas instaladas en Cortínez que refieren a Carlos Durán y Pedro Núñez). En este proceso, los emprendedores de memoria, pertenezcan o no a organismos de derechos humanos, acompañan las distintas instancias de espacialización de la memoria desde el armado de la baldosa hasta su imposición final.

Las baldosas por la memoria toman como referencia del proyecto original<sup>5</sup> y se readaptan al ámbito

---

<sup>5</sup> Baldosas por la memoria es una iniciativa colectiva de señalización urbana que surge en la Ciudad de Buenos Aires hacia mediados de los años 2000, impulsada por organizaciones barriales, familiares de detenidos-desaparecidos y organismos de derechos humanos. Con el tiempo, el proyecto se expandió a otras ciudades del país adaptándose a cada contexto, pero manteniendo la lógica de producción colectiva, anclaje territorial y activación social de la memoria.

local. Se emplazaron en 2009, 2014, 2015, 2017, 2018 y 2024, organizadas en tandas a partir de encuentros colectivos en espacios comunitarios. Hasta la actualidad hay 12 geosímbolos de este tipo en la ciudad<sup>6</sup>. En este marco, adquieren centralidad las prácticas sociales que las rodean, ya que articulan símbolo y materialidad como base de su construcción y su espacialización.

- Esculturas: las esculturas y monumentos emplazados en el espacio público adquieren un valor que excede lo estético o patrimonial, ya que funcionan como dispositivos materiales de inscripción de memorias en el territorio. Su presencia en el paisaje urbano convierte determinados sitios en referencias simbólicas, capaces de condensar significados históricos, políticos y afectivos para una comunidad. En este sentido, operan como un marcador espacial que territorializa narrativas sobre el pasado y los convierte en geosímbolos caracterizados por su polivocalidad (Lobato Corrêa, 2011).

En la ciudad de Luján, la mayoría de éstos se orientan a homenajear la lucha y el ejemplo de las Madres y Abuelas. Una de las más notable recrea la figura de una Madre de Plaza de Mayo y está emplazada en la plazoleta homónima, mientras que otras remiten a su lucha a través del símbolo del pañuelo, surgido en la peregrinación juvenil a Luján de 1977. En este caso, la implantación en el espacio público de esta forma simbólica espacial estuvo teñida de controversias que dilataron su instalación (Flores, 2022). También se encuentra el monumento a Dardo Dorrónzoro (poeta desaparecido), ubicado en la rotonda de la ruta 192 y A. Brown (barrio Champagnat), que recuerda a un militante central de la localidad por la defensa de los DD.HH.

A esto se suman los monumentos vinculados a la guerra de Malvinas, que reconstruyen su memoria a partir de una narrativa bélica apoyada en objetos como aviones, balas o cañones. En este conjunto, se destaca el monumento del Parque Malvinas, inaugurado en 1984, y caracterizado por ser el primero del país en un contexto muy cercano al conflicto.

El sitio de instalación de estas esculturas suele estar atravesada por eventos o efemérides que convocan prácticas colectivas, tanto en su construcción como en su emplazamiento y que alimentan el valor evocativo y pedagógico que proponen. En total son 12 registros en esta tipología.

- Placas conmemorativas: este tipo de geosímbolo se encuentra fuertemente asociado al Estado, ya sea a nivel municipal o a través de instituciones educativas. En algunos casos se articulan con familiares y organizaciones de derechos humanos, aunque esto no siempre ocurre. Su producción tiende a darse en una lógica de “arriba” hacia “abajo”, y responde a una tradición de memorialización históricamente asociada al Estado, siendo una de las primeras formas materiales de inscripción de memorias en el espacio, especialmente desde fines de los años ‘80 y durante la década del ‘90.

No obstante, no todos los gobiernos han establecido el mismo tipo de vínculo con la comunidad en estos procesos. Mientras algunos han mostrado mayor apertura a incorporar a los protagonistas (como familiares, ex presos políticos y organizaciones civiles), otros los han excluido del proceso de producción del geosímbolo. Aun así, pese a su impronta institucional, al momento de su colocación suelen activarse instancias que involucran al conjunto de la sociedad afectada, incluyendo a los protagonistas, emprendedores de memoria y al entorno barrial donde se emplazan.

En un amplio y diverso repertorio de narrativas, formas, localizaciones y contenidos, se contabilizan 45 marcas en el radio urbano de la ciudad, constituyéndose como el geosímbolo de mayor presencia en el paisaje lujanense.

- Murales: estas expresiones artísticas se encuentran fuertemente ligadas a las prácticas barriales. Si bien pueden desarrollarse en marcos institucionales, su rasgo distintivo radica en que suelen ser procesos impulsados “desde abajo”, motorizados por la propia comunidad. Los murales presentan

---

<sup>6</sup> Otras cuatro fueron instaladas en la localidad de Cortínez, perteneciente al municipio, pero situada fuera del área de estudio definida para este trabajo.

con frecuencia un carácter dinámico y colectivo, asociado a acciones comunitarias, expresiones del arte urbano y formas de apropiación social del espacio.

Desde su morfología, los murales son “pinturas en muros de diseño más o menos sofisticados, tanto permitidos por el propietario del inmueble como de creaciones espontáneas y no autorizadas” (Germeinhölzer et al., 2021, p. 17) que implican “prácticas de intervención simbólica emotiva que se materializan en piezas que modifican el paisaje urbano.” (Amao Ceniceros, 2016, p. 92); en este caso -además- operan como dispositivos visuales que transforman las superficies en soportes de narrativas históricas, políticas y culturales, contribuyendo a la emergencia de geosímbolos de memoria.

Si bien su materialidad podría sugerir una menor durabilidad en comparación con monumentos o placas, en la práctica muchos murales logran sostenerse en el tiempo. Esto ocurre, en gran medida, cuando existe una apropiación comunitaria que impulsa su cuidado, restauración o reactivación periódica. En este punto, su permanencia no depende exclusivamente de la materialidad, sino de las tramas sociales que los sostienen y, al ser geosímbolos de memoria, de las prácticas que allí se dan.

Además, su escala, su potencia estética y su carácter expresivo suelen otorgarles una mayor capacidad de interpelación en el espacio público. En comparación con otros dispositivos más discretos, como las placas, los murales tienden a captar con mayor facilidad la atención de quienes transitan el lugar, ampliando su alcance y su capacidad de producir sentidos en la vida cotidiana.

En la cartografía se identificaron 24 murales en el conjunto del área de estudio, de los cuales 19 se orientan a recuperar las memorias de los detenidos-desaparecidos y del terrorismo de Estado, mientras que los 5 restantes tematizan la guerra de Malvinas y el reclamo por la soberanía de las islas.

- Geosímbolos efímeros: su rasgo distintivo no radica únicamente en la brevedad de su duración, sino en el modo en que esa “no permanencia” forma parte de su propia lógica de producción. En algunos casos, se trata de marcaciones deliberadamente pasajeras; en otros, su continuidad queda sujeta a condiciones materiales y políticas que exceden a quienes las producen, como el desgaste, la limpieza urbana, la vandalización o la superposición con nuevas marcas.

Dentro de este conjunto se incluyen pegatinas, grafitis, pintadas con estencil (como los pañuelos de las Madres, nombres, fechas o consignas), intervenciones pictóricas que luego son tapadas o modificadas, siluetas de papel, colocación de objetos simbólicos (pañuelos, fotografías, placas provisionales), así como señalizaciones momentáneas sobre veredas y calles. También pueden considerarse ciertas acciones performativas o instalaciones artísticas, como la disposición de pupitres en espacios institucionales que expresan la ausencia de estudiantes desaparecidos y reponen, de manera situada, la dimensión colectiva de esa pérdida<sup>7</sup>. En total se hallaron 11 geosímbolos efímeros.

Un caso particular lo constituyen las acciones desplegadas durante la peregrinación juvenil a pie a Luján que se lleva a cabo todos los años en el primer fin de semana de octubre, donde algunos miembros de la CFyADDL cuelgan guirnaldas con los pañuelos de las Madres de Plaza de Mayo a lo largo del recorrido de ingreso a la ciudad (en el tramo final de la peregrinación desde las calles Las Heras y Constitución hasta la Basílica). Este tipo de intervenciones, aunque fugaces, producen una reconfiguración momentánea del paisaje y habilitan lecturas alternativas del espacio, visibilizando en él memorias que, aun sin fijarse de manera permanente, logran irrumpir en la experiencia cotidiana de quienes lo transitan, sobre a partir de la estrecha relación entre el pañuelo de las Madres y la peregrinación (Flores, 2022).

- Toponimias: cuando se utiliza el término toponimia se hace referencia al conjunto de nombres

---

<sup>7</sup> “Pupitres vacíos” es una iniciativa desarrollada en diversas universidades argentinas que consiste en la señalización del espacio universitario mediante la disposición de pupitres identificados con los nombres y datos biográficos de estudiantes, docentes o trabajadores detenidos-desaparecidos. A través de esta intervención, el mobiliario cotidiano del aula se resignifica, operando como soporte material de una memoria que inscribe la ausencia en el propio espacio académico.

asignados a los lugares. Desde la perspectiva de la geografía cultural, estos nombres no constituyen meras designaciones funcionales del espacio, sino que operan como marcas simbólicas que condensan procesos históricos, disputas políticas y formas de construcción de sentido. A decir del geógrafo cultural Roberto Lobato Corrêa (2011): se trata de formas simbólicas espaciales con un fuerte y, a veces dramático sentido político que exponen memoria e identidad.

La toponimia puede ser comprendida como un tipo particular de geosímbolo inmaterial, en tanto asienta en el espacio urbano determinadas narrativas colectivas y contribuye a orientar las formas en que una sociedad recuerda y resignifica su historia, sus espacios y sus protagonistas.

En Luján, es posible identificar calles que llevan nombres de personas detenidas-desaparecidas (como el caso del Pasaje María Torres y la calle Hilda Vergara en el barrio San Juan), así como parques y plazas cuyos nombres remiten a actores, acontecimientos o consignas vinculadas con la última dictadura cívico-militar. Entre ellos se encuentran la plazoleta de las Madres de Plaza de Mayo, la de los Derechos Humanos, el Parque Malvinas, el denominado Parque Memoria, Verdad y Justicia (aunque figura formalmente como "Plazoleta Malvinas"), y las Plazoletas "Profesora Nelly Dorrnzoro" y "Abuelas de Plaza de Mayo" (en el barrio San Juan de Dios). Son 23 registros en total.

En estos espacios suele observarse la presencia de múltiples geosímbolos que, lejos de operar de manera aislada, se articulan entre sí configurando tramas de sentido. Dentro de este conjunto, interesa destacar una modalidad específica: el arbolado por la memoria que se repite en varias zonas. Este tipo de intervención consiste en la plantación de especies arbóreas a los que se les asigna la identidad de personas detenidas-desaparecidas, estableciendo una asociación entre vida, memoria y territorio. De este modo, cada árbol funciona como un soporte vivo que repone presencia allí donde se intentó imponer la desaparición, anudando nombres e historias en el espacio cotidiano.

A diferencia de otras marcas, su estabilidad depende de manera directa del sostenimiento comunitario. El riego, la poda y el cuidado cotidiano no solo garantizan la supervivencia material de los árboles, sino también la continuidad de la memoria que encarnan. Su eventual deterioro o abandono implicaría la pérdida de un elemento paisajístico, y también el debilitamiento de la marca simbólica que representan. Este tipo de geosímbolos ha sido identificado, por ejemplo, en el Parque de la Memoria de la Universidad Nacional de Luján y en el Parque "30 000 razones", donde se articulan prácticas de conmemoración, cuidado y apropiación del espacio en distintos formatos.

- Otros geosímbolos: este grupo remite a aquellas expresiones que se inscriben en la lógica del sujeto cuerpo-sujeto sentimiento (Lindón, 2009), donde la memoria se actualiza a través de prácticas encarnadas que ponen en juego dimensiones afectivas, performativas y relacionales. Se trata de flujos como las intervenciones artísticas y performances, en los que los cuerpos ocupan el espacio para expresar, interpelar y construir sentidos en torno al pasado reciente. A diferencia de otras marcas más estables, estas formas suelen caracterizarse por su condición efímera y su no permanencia territorial: irrumpen en escenarios fugaces, a veces vinculados a coyunturas específicas o fechas conmemorativas, y producen procesos de identificación que, aunque transitorios en su materialidad, resultan significativos en la activación y circulación de memorias en el espacio público.

Al respecto cabe aclarar que, desde 2014, los emprendedores de memoria -con un papel particularmente activo de la Comisión de familiares y amigos de detenidos desaparecidos- vienen impulsando una estrategia orientada a la institucionalización de los geosímbolos de memoria presentes en el espacio público lujanense. Ésta se materializa en la promoción de ordenanzas en el Concejo Deliberante de Luján, a través de las cuales no sólo se habilita el uso del espacio público, sino que también se formaliza el registro de estas marcas (baldosas, esculturas, toponimos, entre otras), garantizando su permanencia y resguardo frente a posibles intervenciones o procesos de remoción.

### 3.3.3. Las Constelaciones memoriales

Como señalamos previamente, la confluencia de geosímbolos y prácticas sociales en un mismo sector da lugar a la configuración de sistemas simbólicos territoriales que hemos denominado constelaciones memoriales. Estas formas espaciales, en tanto soportes de memoria colectiva, condensan sentidos históricos y emocionales, y operan como anclajes a partir de los cuales el pasado se fija, se reactualiza y se disputa.

En el paisaje urbano lujanense identificamos tres constelaciones memoriales vinculadas a la última dictadura cívico-militar de 1976: el predio de la Universidad Nacional de Luján, la Plazoleta de los Derechos Humanos/Madres de Plaza de Mayo y el Parque Islas Malvinas. Cada una de ellas presenta configuraciones específicas en términos de formas de representación espacial de la memoria, modalidades de apropiación, prácticas, tensiones y tipologías de geosímbolos que las componen, dando cuenta de la heterogeneidad de procesos a través de los cuales se condensa territorialmente el pasado reciente. Cabe aclarar que en estas constelaciones se combinan usos y prácticas espaciales que superponen esta función con otros usos recreativos, culturales, comerciales, de ocio, etcétera. Son:

- Predio de la Universidad Nacional de Luján (UNLu): la sede central se localiza en el cruce de la Ruta Nacional N.º 5 y la Avenida Constitución, en la ciudad de Luján. Este espacio no sólo funciona como un nodo institucional de escala regional, sino también como un soporte territorial significativo para la resonancia de memorias vinculadas a la última dictadura cívico-militar.

La UNLu constituye un caso singular en el entramado local, en tanto fue la única universidad argentina que sufrió el cierre formal por decisión del régimen dictatorial, efectivizado en diciembre de 1979, y posteriormente reabierta en 1984<sup>8</sup>. Este proceso estuvo atravesado por distintas formas de violencia estatal (represión, persecución y desaparición de estudiantes, docentes y no docentes) que envuelven a la institución en una trama de memorias marcada por el terrorismo de Estado.

En ese contexto, la comunidad universitaria, con el acompañamiento de algunos sectores de la sociedad desplegó diversas estrategias de resistencia frente al cierre. Entre ellas se destacan marchas, huelgas de hambre y otras intervenciones en el espacio público, como la denominada "marcha del silencio", realizada en 1980 desde la universidad hacia la Basílica de Luján. Estas acciones no sólo constituyeron formas de protesta, sino que también contribuyeron a consolidar a la casa de estudios como un espacio emblemático de resistencia y defensa de la vida democrática.

Es posible reconocer dos grandes orientaciones en los procesos de memorialización: por un lado, aquellas destinadas a visibilizar la violencia estatal en un plano general y, por otro, las que buscan restituir la dimensión biográfica y política de las víctimas, recuperando sus trayectorias militantes y proyectos de vida. En la UNLu estas líneas no se presentan como excluyentes, sino que conviven y se articulan a través de los geosímbolos que configuran su espacialidad.

A diferencia de otros sitios directamente asociados a la materialidad del horror (donde suele prevalecer la preservación de las huellas del trauma) aquí se advierte una configuración que registra la memoria en una clave predominantemente conmemorativa. Murales que evocan a las víctimas del terrorismo de Estado conviven con dispositivos como el Parque de la Memoria, en el que cada árbol representa simbólicamente a un desaparecido/a de la comunidad educativa. Esta coexistencia configura una espacialidad compleja, donde se entrelazan la denuncia, el homenaje, el reclamo y la construcción de sentidos identitarios.

De esta manera, el carácter de la universidad como espacio de resistencia (tanto previo como posterior

---

<sup>8</sup> "Tras el golpe de estado del 24 de marzo de 1976, las instalaciones de la UNLu en Luján fueron ocupadas por tropas militares. Aquel mismo día Mignone presentó su renuncia indeclinable al cargo de rector. [...] El 20 de diciembre de 1979, el mismo día que la UNLu cumplía siete años de su creación, el ministro Llerena Amadeo anunció por cadena nacional que la UNLu sería cerrada." (Gómez, 2022, pp. 24-27)

al accionar dictatorial) resulta central para comprender su lugar en el paisaje memorial lujanense. El cierre institucional, lejos de clausurar su significación, se constituyó en un acontecimiento traumático que reforzó su posterior resignificación como constelación de memoria. Desde el punto de vista de la producción espacial, esto implica que la UNLu no sólo remite a la violencia sufrida, sino que también proyecta una narrativa asociada a la defensa de la educación pública, la democracia y los derechos humanos, en la que el cierre ocupa un lugar estructurante.

Si observamos el mapa (Figura 2), esta constelación se expresa en un conjunto diverso de geosímbolos: placas conmemorativas, esculturas, intervenciones artísticas (murales y grafitis), marcas efímeras, toponimias (como la denominación Dardo Dorrnzoro del auditorio central o los nombres aulas que remiten a figuras claves como Emilio Mignone o el Aula de los DD.HH.), pupitres por la memoria y el propio Bosque de la Memoria. Estos dispositivos no sólo representan marcas en el espacio, sino que también vehiculizan demandas persistentes de memoria, verdad y justicia, al tiempo que incorporan otras capas de sentido vinculadas, por ejemplo, a la causa Malvinas o a las luchas contemporáneas en defensa de la educación pública, tan presentes en la actualidad. De este modo, la universidad se consolida como uno de los principales anclajes de la memoria colectiva en el paisaje urbano de Luján, con una densidad que se actualiza de forma permanente. El 24 de marzo de 2026, al cumplirse los 50 años, se llevó a cabo una semana de actividades donde surgieron nuevas marcaciones y activaron la constelación y el entramado simbólico que condensa.

Asimismo, en esta constelación coexisten múltiples prácticas sociales que no se limitan exclusivamente a la construcción territorial de la memoria. Se reconocen prácticas educativas (tanto en lo que refiere a los procesos de enseñanza-aprendizaje como a las condiciones materiales que los sostienen), prácticas económicas (del sector privado, de la economía popular y del ámbito público), prácticas político-partidarias y también prácticas de ocio. En conjunto, estas dinámicas contribuyen a consolidar a la institución como un espacio de fuerte anclaje territorial.

Desde la perspectiva de la dialéctica de Soja (1996), estas prácticas pueden leerse como parte del espacio percibido, en tanto remiten al conjunto de acciones, rutinas e intervenciones que producen y reproducen el espacio social. Sin embargo, su relevancia radica en que no operan de manera aislada, sino en articulación constante con el espacio concebido -a través de políticas institucionales, proyectos académicos y dispositivos de planificación- y con el espacio vivido, donde destacan dimensiones simbólicas, afectivas e identitarias de la memoria.

Los espacios universitarios no se constituyen como “lugares de memoria” de manera inmediata, sino que devienen tales a partir de procesos sociales de demarcación, señalización, acción y resignificación. En la UNLu, estos procesos se hacen efectivos a través de una amplia variedad de actividades: eventos culturales abiertos a la comunidad, marchas que articulan distintos geosímbolos, foros académicos orientados a la reflexión sobre la dictadura, programas de difusión como la radio universitaria, proyectos de investigación y extensión, intervenciones artísticas y la producción de nuevas marcas en el espacio. Estas no sólo activan la memoria, sino que también producen espacialidad, ya que reconfiguran usos, significados e itinerarios dentro del ámbito universitario.

En este entramado adquiere un papel central la figura de los emprendedores de memoria, encargados de activar y sostener estos procesos. Entre ellos se encuentran organismos de derechos humanos, movimientos sociales, partidos políticos, estudiantes (organizados e independientes) y diversas instancias institucionales de la propia universidad, como comisiones, programas y gremios. Lejos de constituir un bloque homogéneo, presentan diferencias en sus perspectivas y repertorios de acción.

Asimismo, pueden distinguirse prácticas con proyección extrínseca y otras de carácter intrínseco. Las primeras, muchas veces impulsadas por sectores estudiantiles y organizaciones sociales, trascienden los límites físicos de la universidad e intervienen en el espacio urbano más amplio, como ocurre con los siluetazos realizados en distintos barrios de la ciudad, extendiendo -de este modo- el alcance de

esta constelación memorial. Las segundas, por su parte, suelen concentrarse hacia el interior del ámbito universitario y están más relacionadas a actores institucionales, buscando interpelar principalmente a la comunidad académica.

En el conjunto de la constelación se identificaron 28 geosímbolos, que comprenden 10 placas en diversos formatos, 3 esculturas, 5 murales temáticos, 6 topónimos en distintos emplazamientos, 1 intervención efímera y 3 registros correspondientes a otras tipologías.

Figura 2. Constelación memorial en torno al predio de la Universidad Nacional de Luján.



Fuente: elaboración de los autores en base a *Google My Maps* (abril 2026).

- Plazoleta de los DD.HH.: esta constelación se localiza en la intersección de la calle Dr. Real y la avenida Constitución. La calle Belgrano funciona como un límite interno que separa la Plazoleta de los Derechos Humanos de la Plazoleta Madres de Plaza de Mayo; sin embargo, ambas conforman un mismo recorte espacial comprendido entre estas arterias. A los fines analíticos, se denomina a este conjunto “constelación memorial Plazoleta de los DD.HH.”.

El origen de este espacio se remonta a 1988, cuando se le asigna la toponimia “Derechos Humanos”, configurándose como una cápsula de memoria que desde entonces ha sido activamente utilizada para la realización de actos conmemorativos del golpe, particularmente por parte de la CFyADDL. A diferencia de otros sitios, no se trata de un espacio directamente asociado a la materialidad de la violencia estatal ni a trayectorias previas de militancia política. Por el contrario, se trataba de un terreno baldío que, hacia fines de la década de 1980, comenzó a ser resignificado.

En ese proceso resultó clave la intervención de Madres de Plaza de Mayo de Luján (en particular Ana Aguirre y Rosa Palazzo) junto con militantes que habían sido víctimas del accionar represivo, quienes impulsaron ante el Concejo Deliberante la asignación de estos terrenos como plazas públicas. Una década más tarde, la plazoleta contigua fue denominada “Madres de Plaza de Mayo”, consolidando un espacio que, desde su origen, se construyó como un lugar para anclar memoria a partir de la acción colectiva y la disputa por el espacio urbano.

No obstante, el proceso de memorialización antecede a su institucionalización formal. Ya en 1986 se había emplazado en este lugar una placa en repudio al golpe de Estado, constituyéndose en la primera marca territorial de este tipo en Luján<sup>9</sup>. Si bien el monumento erigido en el Parque Islas Malvinas en 1984 representa una intervención memorial previa, su sentido se orienta a la conmemoración de los caídos en la guerra, sin implicar una condena explícita a las prácticas genocidas desplegadas por la dictadura.

Este proceso fue fuertemente impulsado por la Comisión Multisectorial para la Defensa de los Derechos Humanos, creada en 1984, que luego derivaría en la actual Comisión de Familiares y Amigos de Detenidos Desaparecidos. Promovida por las Madres de Luján y con la influencia de Emilio Mignone, esta organización se propuso articular a distintos sectores sociales y ampliar el alcance de las demandas por memoria, verdad y justicia, desplazándolas de un plano estrictamente individual hacia una problemática de carácter colectivo. En ese momento, la lucha estaba centrada en la aparición con vida de los detenidos desaparecidos, la restitución de los niños apropiados, el esclarecimiento de lo ocurrido y la sanción penal de los responsables. En ese contexto, al año siguiente (1985), se conformó la filial local de Madres de Plaza de Mayo, dando origen a un entramado de organizaciones de derechos humanos que marcaría de manera decisiva la construcción memorial en la escala local. Además del geosímbolo temprano y de ambos topónimos (Madres y DD.HH.), el espacio cuenta nuevas placas recordatorias con los nombres de los detenidos desaparecidos, y de personalidades destacadas de la ciudad de Luján, así como murales que recuerdan a las víctimas y la lucha permanente de los familiares, y una escultura producida por un artista local que recuerda a las madres (Figura 3). Son 25 registros que incluyen: 1 baldosa por la memoria, 17 placas conmemorativas, 2 murales, 1 escultura, 2 topónimos, 1 marca efímera y 1 de otra clasificación.

Figura 3. Constelación memorial Plazoleta de los DD.HH.



Fuente: elaboración de los autores en base a Google My Maps (abril 2026).

<sup>9</sup> El texto original señalaba: “El pueblo y el gobierno de Luján en repudio de la sedición del 24 de marzo de 1976 y en reclamo por la aparición con vida de todos los desaparecidos de Luján”. Con posterioridad, la placa fue sustraída y la Comisión decidió mantener vacío el espacio que ocupaba, incorporando a un costado una aclaración sobre el hecho y el contenido de este temprano geosímbolo.

Respecto de las prácticas, vemos que se nutre de rituales conmemorativos, marchas, usos políticos del espacio y de las apropiaciones simbólicas que distintos actores sostienen en el tiempo. El emplazamiento de placas, el encuentro del 24 de marzo<sup>10</sup>, la realización de actos y la presencia de organismos de derechos humanos, movimientos sociales y partidos políticos actúan como soportes territoriales de la memoria, fijando en el espacio urbano determinadas narrativas sobre el pasado y contribuyendo a su actualización permanente. Este conjunto de prácticas convive con el uso cotidiano del lugar como espacio verde por parte de la comunidad, sin que una dimensión anule a la otra; por el contrario, coexisten y se superponen, en un escenario donde los geosímbolos buscan interpelar - también- a quienes habitan el espacio con fines recreativos.

En este marco, el espacio concebido se expresa en la institucionalización de las plazoletas y en las decisiones formales que las definen como anclajes territoriales de la memoria. El espacio percibido, por su parte, se manifiesta en el conjunto de prácticas que activan la constelación: actos, señalizaciones, recorridos, vigilias, dotándola de visibilidad y funcionamiento. Finalmente, el espacio vivido se configura a partir de las experiencias, memorias y afectividades que sujetos y colectivos desarrollan en estos lugares, reforzando la dimensión simbólica que envuelve lo material y consolida su condición de geosímbolo. Es en esa articulación donde la memoria colectiva se territorializa y encuentra condiciones para su reproducción en el tiempo.

- Parque Islas Malvinas: este predio se ubica a la vera del río Luján, entre la Avenida Nuestra Señora de Luján y la Avenida presidente Perón, en las inmediaciones de la rotonda Ana de Matos. Se trata de un espacio atravesado por dinámicas de circulación, particularmente asociadas al ingreso vehicular a la ciudad

La constelación memorial se originó en 1984, en el contexto inmediato de la posdictadura, a partir de la inauguración del Monumento a los Caídos en Malvinas, impulsado por PAyS (Patria, Amistad y Servicio), una institución local sin fines de lucro con una impronta nacionalista. El monumento, en tanto geosímbolo constituye una de las primeras marcas conmemorativas de la ciudad y, según los registros disponibles, la primera en el país ligada a la guerra de Malvinas.

La iniciativa se inscribe en un proceso promovido por actores locales (como excombatientes, instituciones y organismos estatales) orientado a la configuración de un espacio de homenaje que adopta, como forma de representación, una estética bélica. Con el tiempo, el sitio fue objeto de sucesivas intervenciones, tanto materiales como simbólicas, que ampliaron su escala y complejidad, hasta consolidarlo como un espacio público de referencia para la memoria de la guerra de Malvinas, relativamente desvinculado de las narrativas asociadas al terrorismo de Estado.

En la constelación memorial se reconoce un proceso de producción espacial que desborda la lógica de un emplazamiento puntual. Lejos de configurarse como un dispositivo cerrado, el conjunto se encuentra en permanente expansión, conservando, no obstante, una estética de carácter militar en sus representaciones como aviones, cañones, objetos ligados a la guerra, entre otros elementos. A partir del monumento inaugurado en 1984, el sitio fue incorporando de manera progresiva nuevas marcas, intervenciones paisajísticas y dispositivos simbólicos que complejizan su lectura en términos geosimbólicos. En este sentido, el parque no responde a un diseño acabado, sino que deviene de una serie de prácticas de memorialización que operan como anclajes territoriales, reconfigurando el espacio en función de nuevas demandas. Las prácticas que retroalimentan la densidad memorial del lugar se traducen en la vigilia en la noche del 1° de abril y el acto protocolar del día siguiente.

Esta dinámica permite advertir la coexistencia (no exenta de tensiones) entre distintas dimensiones de la producción espacial: un espacio concebido, ligado a decisiones institucionales y políticas

---

<sup>10</sup> También allí se llevan a cabo las conmemoraciones del 10 de diciembre (día de los DD. HH) y 30 de abril (día que se recuerda la primera marcha de las Madres).

públicas; un espacio percibido, materializado en prácticas conmemorativas y usos efectivos del lugar; y un espacio vivido, donde la memoria de Malvinas remite a registros afectivos y experiencias compartidas. Asimismo, por su localización en un sector de alta circulación turística, el predio es frecuentado de manera sostenida durante los fines de semana, cuando es apropiado con fines recreativos por visitantes y residentes. A su vez, en fechas conmemorativas vinculadas a la guerra de Malvinas, el sitio adquiere una mayor densidad simbólica a partir de la realización de actos y ceremonias en torno al monumento y al conjunto memorial.

Se identificaron 9 geosímbolos en el predio, que comprenden 3 placas, 1 escultura, 1 mural, 1 topónimo y 3 objetos geosimbólicos (un avión de guerra, dos cañoneras y cartelera que indica las distancias desde el sitio a distintos puntos del Atlántico Sur) (Figura 4).

Figura 4. Constelación memorial Parque Islas Malvinas.



Fuente: elaboración de los autores en base a Google My Maps (abril 2026).

#### 4. Conclusiones

La metáfora del palimpsesto usada para identificar a los paisajes culturales resulta un camino más que acertado para entender las dinámicas espaciales en clave de memorias. En el caso de Luján, esta imagen permite dar cuenta de un territorio donde distintas capas de sentido se inscriben, se superponen y, en ocasiones, se borran, reescriben y tensionan, configurando un horizonte atravesado por marcas, huellas y dispositivos que remiten al pasado reciente.

En este marco, el relevamiento realizado permitió identificar una densidad significativa de geosímbolos vinculados a la última dictadura cívico-militar, cuya distribución espacial no responde a una lógica aleatoria. Por el contrario, expresa decisiones, conflictos y negociaciones que fueron modelando el territorio desde el retorno democrático hasta la actualidad. Estos dispositivos, entendidos no como objetos ingenuos sino como formas simbólicas espaciales, condensan relaciones de poder, sentidos colectivos y procesos de apropiación.

La incorporación de la noción de constelación memorial permitió avanzar en una lectura relacional de estas marcas, evidenciando que su proximidad, las prácticas que las activan y los actores que las sostienen configuran sistemas socio-simbólicos dinámicos. Estas no deben pensarse como

---

configuraciones cerradas o acabadas, sino como entramados en permanente transformación, sujetos a procesos de incorporación, desplazamiento y resignificación.

El análisis también permitió reconocer la coexistencia de múltiples narrativas sobre el pasado reciente, que se expresan en el espacio público a través de diversos lenguajes y soportes. Estas memorias no siempre convergen, sino que en muchos casos se presentan en tensión, evidenciando el carácter conflictivo de los procesos de memorialización. Las prácticas conmemorativas, las intervenciones artísticas, las acciones institucionales y las iniciativas impulsadas por organismos de derechos humanos y actores locales participan activamente en esta construcción, reforzando el papel del espacio urbano como ámbito de disputa y negociación de sentidos.

La memoria no se fija únicamente en la materialidad de los geosímbolos, sino que se actualiza en las prácticas que los rodean, en los usos cotidianos del espacio y en las experiencias que los sujetos despliegan en torno a ellos. La articulación entre espacio concebido, percibido y vivido permite comprender cómo estas marcas se sostienen, se transforman y adquieren nuevas capas de significado.

Del mismo modo, el caso lujanense no se configura como un proceso clausurado, sino como una trama viva que se actualiza en el presente a partir de la acción sostenida de organismos de derechos humanos, movimientos sociales y actores políticos, cuyas demandas encuentran en el espacio público un soporte privilegiado de manifestación. A partir del trabajo de campo y del relevamiento bibliográfico, es posible advertir que este proceso adquiere un carácter innovador en la medida en que despliega una notable diversidad de representaciones memoriales que no sólo denuncian las prácticas genocidas del terrorismo de Estado, sino que también recuperan y proyectan las trayectorias, identidades y horizontes de los detenidos-desaparecidos (y veteranos de Malvinas). A ello se suma la incorporación de la causa Malvinas como parte constitutiva de esta cartografía de la memoria, dando lugar a una articulación poco frecuente en otros contextos locales. Lejos de configurar registros aislados, estas distintas formas tienden a entrelazarse, produciendo un entramado que, más que superponer sentidos, construye vínculos de complementariedad y refuerza la densidad simbólica del espacio urbano.

Finalmente, los resultados permiten advertir la emergencia de nuevos procesos de espacialización de la memoria en la ciudad. En particular, comienza a configurarse un nodo en torno a la plazoleta Malvinas Argentinas (Parque Independencia) donde se ha instalado una escultura de gran escala que reproduce el pañuelo de las Madres de Plaza de Mayo, realizada por el colectivo artístico "El Tapial". A ello se suma la asignación de la toponimia "Parque de las 30 mil razones" y la plantación de un árbol por cada detenido desaparecido de Luján, junto con dos ejemplares en homenaje a las Madres locales Anita y Rosa. En abril de 2026, además, ingresó al Honorable Concejo Deliberante de Luján un proyecto de ordenanza que propone crear en ese lugar el Museo de la Memoria a Cielo Abierto "Azucena Villaflor". La iniciativa, presentada por los artistas Luis Lofeudo y Leticia Miglioranza, apunta a declarar de interés cultural y patrimonio municipal un circuito escultórico urbano.

Este conjunto, aún en proceso de consolidación, permite pensar en la emergencia de una nueva constelación memorial. Más que un espacio ya estabilizado, se trata de una configuración en devenir, cuya proyección dependerá de los contextos políticos y de las prácticas que logren activarla, sostenerla y dotarla de sentido en el tiempo. Su aparición refuerza la idea de que los procesos de memorialización no se cancelan, sino que continúan produciendo nuevos horizontes en el territorio, reconfigurando de manera permanente.

A 50 años de la última dictadura militar más violenta de la historia argentina, la memoria espacial está más presente y dinámica que nunca, y la geografía tiene mucho para decir al respecto.

## Referencias bibliográficas

- Amao Cenicerós, M. (2016). Intervenir la ciudad con murales: significados, apropiaciones y construcción del paisaje. *Sudamérica. Revista de Ciencias Sociales*, (5), 90–129.
- Bonnemaison, J. (2000). *La géographie culturelle*. Éditions du CTHS.
- Claval, P. (1999). *La geografía cultural*. Eudeba. (Obra original publicada en 1995).
- Delgado, M. (1999). *El animal público: Hacia una antropología de los espacios públicos*. Anagrama.
- Fabri, S. (2010). Reflexionar sobre los lugares de memoria: Los emplazamientos de memoria como marcas territoriales. *Geograficando*, 6(6), 101–118.
- Feierstein, D. (2007). *El genocidio como práctica social: Entre el nazismo y la experiencia argentina*. FCE.
- Flores, F. C. (2022). Espacio, memoria y religiosidad: reflexiones a partir del memorial al pañuelo de las Madres de Plaza de Mayo en la plaza Belgrano de Luján. *Geográfica Digital*, 19(38), 93–104.
- Germeinhölzer, J., Gerique, D., & Richter, L. (2021). Geografía del arte callejero: la distribución espacial de un arte controvertido. El caso de Valparaíso. *Revista Geográfica de Valparaíso*, 58(1), 1–20.
- Gómez, A. (2022). A 50 años de la creación de la Universidad Nacional de Luján: La historia de sus centros regionales (1974–1984). *Red Sociales. Revista del Dep. de Ciencias Sociales*, 9(5), 7–35.
- Gómez, A., Ingiullo, J., & Klug, L. (2021). Luján y sus lugares de memoria: Una primera aproximación a su estudio. *Red Sociales. Revista del Dep. de Cs. Sociales de la Universidad de Luján*, 8(5), 128–152.
- Huffschnid, A. (2012). Los riesgos de la memoria: Lugares y conflictos de memoria en el espacio público. En A. Huffschnid & V. Durán (Eds.), *Topografías conflictivas: Memorias, espacios y ciudades en disputa*. Nueva Trilce.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores.
- Jelin, E. (2017). *La lucha por el pasado: Cómo construimos la memoria social*. Siglo XXI Editores.
- Jelin, E., & Langland, V. (Comps.). (2003). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Siglo XXI.
- Lindón, A. (2009). La construcción socioespacial de la ciudad: El sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 1(1), 6–20.
- Lobato Corrêa, R. (2011). Las formas simbólicas espaciales y la política. En P. Zusman, R. Haesbaert, H. Castro & S. Adamo (Eds.), *Geografías culturales: Aproximaciones, intersecciones y desafíos*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Messina, L. (2019). Sitios y lugares de la memoria: Dimensiones, experiencias y controversias. En J. Besse & C. Escolar (Eds.), *Políticas y lugares de la memoria: Figuras epistémicas, escrituras, inscripciones sobre el terrorismo de Estado en Argentina*. Miño y Dávila.
- Soja, E. W. (1996). *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Blackwell.



Esta obra se encuentra bajo Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0. Internacional. Reconocimiento - Permite copiar, distribuir, exhibir y representar la obra y hacer obras derivadas siempre y cuando reconozca y cite al autor original. No Comercial – Esta obra no puede ser utilizada con fines comerciales, a menos que se obtenga el permiso.